

París. Gracias á estos desvelos, en mes y medio á lo más tarde, es decir, á fines de junio, debía hallarse al abrigo de toda clase de ataques.

Napoleón relacionó con la defensa de la capital la de las ciudades de Nogent-sur-Marne, de Meaux, de Chateau-Thierry, de Melún, de Montereau, de Nogent-sur-Sena, de Arcis-sur-Aube, de Auxerre, y todos estos puntos los puso á las órdenes del mariscal Davout, á quien se proponía nombrar gobernador de París con poderes extraordinarios. El defensor de Hamburgo, proscrito por los Borbones, poseía, en concepto de Napoleón, en el más alto grado las condiciones militares y políticas necesarias para desempeñar esta misión; y esperaba dejarle, con las fuerzas que conservaría de la milicia nacional, con los confederados, los marinos y los depósitos, de setenta á ochenta mil combatientes. Con estas fuerzas, las fortificaciones construídas y un jefe como Davout, la capital le parecía invencible.

Napoleón se ocupó al mismo tiempo de la defensa de Lyon, y prescribió los diversos trabajos que debían ejecutarse en esta capital. Organizando su defensa del mismo modo que la de París, dispuso que se condujeran á ella por el Ródano desde Tolón ciento cincuenta cañones, y ordenó que se colocaran en las fortificaciones. Un regimiento de marina se hallaba en camino de Lyon. La escuela de Veterinaria de esta capital, como las escuelas de París, estaba destinada á servir una parte de las baterías. Confiando en el espíritu de los lioneses, Napoleón fijó en diez mil el número de los milicianos nacionales que deberían contribuir á la defensa de la ciudad; y para esto les remitió diez mil fusiles todavía descompuestos, que debían ser reparados en talleres creados exprofeso. Los países cercanos, tales como la Borgoña, el Franco-Condado, el Delfinado, la Auvernia, habían seguido el ejemplo de la Bretaña, y esperaba reunir entre ellos diez mil confederados, los que con los depósitos completarían la guarnición de Lyon. El mariscal Suchet estaba encargado de la ejecución de estos detalles. Napoleón le llamó de la Alsacia y le encargó el mando de esta frontera diciéndole: «Cuando estéis en un punto cualquiera, no me inspira ningún cuidado su defensa; partid, pues, y conservadme el Este, mientras que yo voy á defender el Norte contra la Europa entera.» El mariscal Suchet con el 7.º cuerpo debía reunir cerca de veinte mil hombres de tropas escogidas y más de doce mil procedentes de dos divisiones de milicianos nacionales, pudiendo de este modo ocupar la Saboya con treinta y dos mil combatientes. Apoyado en Lyon y bien fortificado, tenía gran probabilidad de resistir á los austriacos. En el bajo Ródano, hacia Aviñón, se encontraban de reserva cuatro regimientos de los pertenecientes al 8.º cuerpo. El mariscal Brune, con los dos restantes y otros tres más procedentes de Córcega, formaría el 9.º cuerpo encargado de observar el Var, Tolón y Marsella. Esta última ciudad, sobre todo, era objeto de una vigilancia especial. Napoleón mandó que fuese desarmada la milicia nacional marsellesa, que quedase reducida á mil quinientos hombres seguros, que se armasen los fuertes de Saint-Jean y de Saint-Nicolas, y que las municiones que no fuesen indispensables se llevasen al arsenal de Tolón. Mandó atrincherar el puente del Espíritu Santo sobre el Ródano, y prescribió que fuese puesta en es-

tado de defensa la pequeña plaza de Sisterón para detener el enemigo, si después de haber invadido la Provenza trataba de penetrar en el Delfinado y el Lyonés. Más arriba de Lyon, subiendo el Saona, Napoleón (ya lo hemos dicho) colocó á las órdenes del general Lecourbe un cuerpo supletorio, que no formaba parte de los nueve cuerpos encargados de la defensa del territorio, porque había sido creado posteriormente, y no se componía más que de una división de línea.

Napoleón le dió además dos excelentes divisiones de milicianos escogidos y le confió para su defensa el boquete de Belfort y los pasajes del Jura. El ejército de Alsacia ó 5.º cuerpo, de acuerdo con Lecourbe, guardaría el Rin. Este 5.º cuerpo fué reunido por completo en las líneas de Wissemburgo. Batallones escogidos ocupaban la plaza de Estrasburgo y las plazas que había desde Huningue hasta Landau. Otros custodiaban los pasajes de los Vosgos mientras que la caballería ligera recorría las riberas del Rin auxiliada por lanceros voluntarios formados en el país. Estaba resuelto á que al aparecerse por la primera vez el enemigo sonase el toque de rebato, á que los comandantes de las plazas se encerrasen en sus recintos, y á que los prefectos y los generales se retirasen llevándose consigo el ganado y los víveres levantando en masa á todos los ciudadanos de buena voluntad. Éstos deberían acudir á los pasajes difíciles, en los que de antemano se había preparado la defensa, permanecer en ellos hasta más no poder, no replegarse sino en el último extremo, y en este caso hacerlo yendo á engrosar las filas de los cuerpos de ejército encargados de cubrir la frontera. Los cuerpos francos, organizados en los países donde había muchos militares antiguos, se encargaron de concurrir á la realización de estas medidas. Por último, ingeniándose á fin de utilizar cuantos recursos ofrecía la nación, Napoleón ideó una nueva combinación que, en ciertos puntos del territorio, podía ofrecer resultados ventajosísimos. Notó, al examinar los estados del ministerio de la Guerra que había quince mil oficiales y setenta y ocho mil sargentos, cabos y soldados retirados unos y otros con pensión del Estado. Si un gran número de entre ellos no podían soportar el frío, el calor y el hambre, otros muchos podían prestar servicios en el interior de las ciudades; tener una espada ó un fusil y ser útiles de diversas maneras. Adictos á la revolución y al imperio sin profesar afecto á los Borbones, se hallaban en estado de contener la maledicencia, y Napoleón decidió llamar á veinticinco ó treinta mil de ellos para distribuirlos en las ciudades cuyo espíritu era dudoso, donde estuvieran armados para rodear á las autoridades y prestarlas apoyo con sus palabras en los parajes públicos, y con sus brazos en los momentos del peligro. Napoleón quería que sin obligarlos se hiciese sólo un llamamiento á su celo, proporcionándoles, para no originarles molestias, además de sus pensiones, una indemnización por los gastos de viaje y los víveres de campaña. Hecho esto, ordenó que fuesen enviados á Marsella, Tolosa, Burdeos, Nantes, Angers, Tours, Lille, Dunkerque, etc. De este modo, ninguna de las fuerzas del país, desde las más jóvenes hasta las más viejas, permanecerían ociosas ó quedarían sin utilizar.

A estas medidas, hijas de una previsión universal é infatigable, añadió Napoleón todas las que exigía parti-

cularmente la organización del ejército con que iba á combatir. Ya hemos visto que se hallaba formado por cinco cuerpos: el 1.º, reunido en torno de Lille, al mando del conde de Erlón; el 2.º, en torno de Valenciennes, al mando del general Reille; el 3.º, en torno de Mezieres, al mando del general Vandamme; el 4.º, en torno de Metz, al mando del general Gerard, y el 5.º, por último, formado entre París y Laón, á las órdenes del conde de Lobau. Dirigiéndose de izquierda á derecha hacia Maubeuge los cuerpos de los generales de Erlón y Reille, de derecha á izquierda hacia el mismo punto los de los generales Vandamme y Gerard, y apoyándolos después con la guardia y el 6.º cuerpo que saldría de París, se proponía Napoleón atravesar la frontera con ciento cincuenta mil hombres. Todavía no ha llegado el momento de exponer la combinación por medio de la cual pensaba sorprender, obrando de este modo, á las fuerzas más próximas y más considerables de sus enemigos. Pero habiendo resuelto comenzar sus operaciones el día 15 de junio lo más tarde, y encontrándose ya en los últimos días de mayo, trazó desde esta época la marcha del general Gerard, quien por tener necesidad de andar más de sesenta leguas para llegar al punto de concentración, debía ponerse en movimiento antes que los demás. Napoleón le fijó con el mayor sigilo el día en que debería emprender su marcha y las precauciones que tendría que tomar para dar á su partida una significación completamente opuesta á la verdadera.

El conde de Lobau recibía orden de encaminar sus regimientos, á medida que estuviesen dispuestos, hacia Soissons y Laón, donde se reunía el 6.º cuerpo. Napoleón se ocupaba activamente de la guardia, que esperaba hacer subir á veinte ó veinticinco mil hombres y cuya organización había confiado al general Drouot. La gran reserva de artillería era, como de costumbre, el objeto de todas sus atenciones, y llevaba su vigilancia hasta el punto de inspeccionar por sí mismo las baterías prontas á partir, y de notar si faltaba un arreo cualquiera (1). No contando todavía con bastantes caballos de tiro, á pesar de los seis mil que había comprado á los campesinos, mandó hacer una leva de ocho á diez mil, pagándolos al contado, en las provincias próximas á los cuerpos del ejército.

Tantas cosas no se realizaban sin disgustos. El mariscal Davout, acostumbrado durante quince años á obrar lejos de Napoleón y con cierta especie de independencia, colocado entonces bajo una vigilancia que no le dejaba libertad ni reposo, experimentaba algunas veces un mal humor violento. Sin duda alguna era sumiso, pero no á la manera del duque de Feltre, es decir, perdiendo su carácter. Había un género de inspección que le incomodaba más particularmente, tal era el que se ejercía en la elección de los oficiales, sumamente importante para Napoleón, porque quería estar seguro no sólo del valor, sino de la fidelidad de los militares empleados en el ejército. Así, pues, se acordó que los nombramientos de los oficiales fueran examinados y sancionados por tres personajes de confianza, los condes de Lobau, de La Bedoyere y de Flahault. Estos dos

(1) Doy estos detalles teniendo á la vista innumerables cartas en las que se hallan consignadas sus más insignificantes observaciones respecto del material (N. del A.)

últimos, muy enterados de las disposiciones de la juventud militar, criticaban ciertas propuestas del ministro de la Guerra, y éste acogía muy mal sus observaciones. Napoleón tuvo, pues, que intervenir entre ellos más de una vez, y no mencionaríamos estos detalles si los disgustos habidos con el ministro de la Guerra no hubiesen producido después graves consecuencias. Una de las cuestiones más ruidosas que se suscitaron fué la relativa al general Bourmont, á quien el mariscal Davout no quería admitir en el servicio activo, y del que los generales de la Bedoyere y Gerard respondían con su cabeza. Concluyendo Napoleón por adoptar el dictamen de estos últimos después de muchas dudas, se vió en la necesidad de dar al mariscal Davout una orden muy formal y el mariscal no se doblegó más que en vista de un mandamiento absoluto.

Napoleón eligió al mariscal Mortier para mandar la guardia imperial. Hubiera querido llamar de nuevo á su lado á Berthier, su jefe de estado mayor de todas las guerras que había hecho, su intérprete exacto é infatigable, su amigo en fin, y nombrarle mayor general del ejército; pero Berthier había tenido algunas debilidades. Napoleón le había enviado á decir que las olvidase como él lo había hecho, que volviese á su lado, y Berthier, acudiendo á este llamamiento, se puso en camino para reunirse con Napoleón; pero hallándose sumamente vigilado al disponerse á entrar en Francia por Basilea, se vió obligado á volver de nuevo á Alemania, donde le esperaba una muerte tan deplorable como misteriosa.

No sabiendo con quién reemplazar á su mayor general, Napoleón recurrió al más laborioso de sus lugartenientes, al mariscal Soult, que se había adherido por un momento á los Borbones creyendo hacer con esto una cosa duradera, y que viendo entonces que se había engañado procuraba borrar las huellas de este error. La violenta proclama que publicó contra Napoleón le tenía en gran aprieto, y procuró desvirtuarla con otra tan violenta contra los Borbones que debía dirigir al ejército al tomar posesión de su destino de mayor general. Napoleón, interesándose por el mariscal, dulcificó en cierto modo sus términos, y la hizo publicar bajo la forma de orden del día. Conocía demasiado á los hombres para cuidarse de sus cambios, sobre todo en tiempos tan difíciles como los que atravesaban entonces. Lo esencial no era que fuesen políticos consecuentes, sino buenos militares. Lo esencial no era que el mariscal hubiese servido á varios amos, sino que tuviese en su calidad de mayor general la claridad, la honradez, la exactitud de Berthier. Los acontecimientos debían en breve demostrar hasta qué punto había acertado Napoleón en su elección. Por último, tomó otra medida, la de restituir á los regimientos sus antiguos números, que les habían quitado con sentimiento suyo. Devolverles estos números era satisfacerles y obligarles á ser dignos de su pasado.

Napoleón ordenó á todos los generales que fuesen á ponerse al frente de sus tropas, detuvo solamente cerca de sí al mariscal Soult, á fin de iniciarle en sus nuevas funciones, y no esperaba para partir más que la reunión del Campo de Mayo y la apertura de las cámaras. Este movimiento se acercaba, porque ya se habían emitido los votos referentes al Acta adicional, las elecciones es-

taban terminadas, y los nuevos elegidos casi todos se hallaban en París.

El gran desencadenamiento de los periódicos, de los escritores de folletos, de los oradores de los sitios públicos contra el Acta adicional, se había apaciguado en presencia de las operaciones electorales que habían sido un entretenimiento para el ardor de los ánimos y una prueba de que no se querían eludir las promesas de la constitución, puesto que las cámaras estaban convocadas para antes de la época en que habrían debido serlo. La libertad había sido completa tanto para las elecciones como para el voto del Acta adicional. Se había consentido hablar, imprimir todo lo que se había querido imprimir y publicar, y hasta se habían admitido votos motivados de la manera más denigrante. Mr. de Lafayette aceptó en Meaux el Acta adicional, pero hizo abstracción de la soberanía del pueblo atacada en su concepto por algunas de las disposiciones del Acta. Mr. de Kergolay votó en contra, protestando por la soberanía de los Borbones. Pero el gobierno no se había defendido porque nada había todavía organizado para la defensa del poder en un Estado libre. Excepto la suspensión momentánea del sexto volumen del *Censor*, suspensión levantada, como se ha visto, por orden de Napoleón, ningún otro rigor había atacado la acción individual, y se había disfrutado de la libertad confusa, violenta, de mil colores, de los días de la revolución. Cada cual había propuesto sus ideas á su modo; pero faltaba algo á este estado de revolución, la pasión, no de los partidos, sino de la nación misma. La nación no había asistido á las municipalidades, á los juzgados de paz, á las notarías donde debía votarse en pro ó en contra del Acta adicional, lo mismo que á los colegios donde debía votar las elecciones de los representantes. Cansada de revoluciones y de contrarrevoluciones, no sabía ni á qué ni á quién adherirse, y dominada por su malestar permanecía oculta en sus moradas. Aludimos á la masa intermediaria, prudente, discreta y desinteresada de la nación. Los Borbones, cuya restauración no había deseado, pero á los que después de reflexionar había juzgado los más aptos para proporcionarla un gobierno pacífico y liberal, la habían disgustado durante su dominación de once meses; Napoleón, que agradaba á su amor propio y respondía á muchos de sus instintos, la asustaba, y sin procurar saber si había verdaderamente cambio de ideas, si estaba convertido en favor de la paz y de la libertad, distinguía claramente en él su destino fatal, es decir, la guerra, la guerra encarnizada hasta la derrota mortal de la Francia ó de la Europa. Así, pues, disgustada con los unos, aterrorizada con el otro, permanecía, lo repetimos, retirada, es decir, en el seno de los millones de familias de que se componía, y no contribuyó con su voto ni á la adopción del Acta adicional, ni á la elección de sus representantes.

Mientras que se había visto en otro tiempo, cuando la Francia quería proporcionarse un salvador en la persona del general Bonaparte, á tres ó cuatro millones de ciudadanos acudir á dar su voto con entusiasmo, sólo un millón doscientos ó trescientos mil habían manifestado su opinión acerca del Acta adicional, y en los colegios electorales no se presentaron más que cien mil electores sobre poco más ó menos.

Estos números insignificantes indicaban bien quiénes

eran los que habían acudido á las alcaldías, notarías y colegios: los partidos, sólo los partidos, en los que la pasión no se entibiaba nunca. Cuando decimos los partidos, decimos demasiado quizás, porque los partidarios de los Borbones no se habían atrevido á presentarse en ninguno de los dos escrutinios; y no fué ciertamente porque se coartase su libertad. Sus adversarios, haciendo alarde de moderación de principios, se hubieran guardado muy bien de atentar ni aun de amenazar su seguridad. Pero los realistas odiaban la práctica de las instituciones libres, tenían además ideas falsas de sus adversarios, se los pintaban como terroristas peligrosos, y carecían á la vez de costumbre y de valor para ejercer sus derechos. Sólo los más audaces se habían atrevido á votar, pero menos por gusto en hacer uso de sus derechos que por bravata. Así pues, entre un millón trescientos mil votantes sólo tres ó cuatro mil acudieron á deponer su *no* contra el Acta adicional, y muchos menos fueron los que se presentaron en los colegios electorales para combatir á los candidatos patriotas, por más que todo se llevase á cabo con un perfecto orden y una calma de las más tranquilizadoras. Los que por el contrario aparecieron en gran número en el escrutinio, fueron antiguos revolucionarios, poseedores de bienes nacionales, amigos ardientes de la libertad, amigos apasionados de la gloria nacional que se obstinaban en personificar en Napoleón, funcionarios públicos casi todos originarios de 1789, y por último muchos hombres ilustrados que pensaban que después de haber cometido la torpeza de dejar volver á Napoleón, era preciso defender en su persona la independencia de la Francia, y hacer de buena fe el ensayo de una monarquía constitucional tal como la que él proponía con tanta formalidad, porque la libertad debía ser aceptada de cualquiera que no fuese esclavo ni de las preocupaciones, ni de los partidos. Hechas las elecciones por estas diversas clases de electores, eran generalmente buenas y de un carácter moderado. Aprovechando la ausencia de las oposiciones, habían sido elegidos en casi todos los distritos funcionarios civiles ó militares que deseaban la consolidación del nuevo imperio, poseedores de bienes nacionales que aspiraban á recobrar su seguridad, revolucionarios arrepentidos de sus excesos tales como Barrere, ó jóvenes liberales intachables con sanas opiniones, pero poca experiencia, como Mr. Duchene de Grenoble: los unos y los otros habían adoptado sinceramente las dos ideas dominantes: sostener á Napoleón contra la Europa, resistirle si volvía á dejarse arrastrar por sus despóticas inclinaciones. Sin embargo, estos nuevos elegidos, esperando más de Napoleón que era su interés, que de la libertad que era su opinión, habían oído tantas veces decir que aceptando su gloria y sus principios sociales debían rechazar su despotismo, que iban á mostrarse singularmente susceptibles con el poder imperial, á portarse más como liberales que como bonapartistas, y esto hasta el punto de comprometer la causa de Napoleón por la de la libertad, aunque no diesen á esta última la preferencia. En vista de esto hubiera sido preciso, para conducirse bien con ellos, un tacto, una paciencia y una destreza que eran difíciles de hallar en unos ministros que por la primera vez de su vida iban á presentarse ante unas asambleas libres.

Los colegios electorales, cumpliendo el decreto que les invitaba á asistir á la ceremonia del Campo de Mayo, enviaron, para que los representaran en esta gran solemnidad, á los electores más celosos, más ricos y más curiosos. Estos llegaron á París en número de cuatro ó cinco mil sin contar los seiscientos representantes elegidos. Con ellos acudieron igualmente las diputaciones de los regimientos que debían recibir en el Campo de Mayo las banderas destinadas al ejército. Napoleón ordenó á los ministros y á los grandes dignatarios que tuvieran abiertas sus casas, que se atrajesen á los diputados de todas clases y que los recibieran cordialmente.

Todos repetían lo mismo, es decir, que era preciso hacer frente á la Europa y esforzarse en vencerla, puesto que no se podía evitar la lucha con ella; pero inmediatamente después de concluida la paz, renunciar á las conquistas y fundar la verdadera monarquía constitucional, para no estar en el exterior á merced del extranjero ni en el interior á merced de un hombre, y encontraban eco en todos los miembros del gobierno, que eran del mismo parecer, los unos movidos por una honrosa fidelidad hacia el emperador como Carnot, y los otros como Fouché por un espíritu de intriga apenas disimulado.

Este último, sin que le excitaran á ello, obsequiaba cuidadosamente á los electores comisionados en París, sobre todo á los diputados y con preferencia á los más jóvenes, á los que juzgaba más manejables, y á los que, como era costumbre por entonces, se manifestaba irrecconciliable con los Borbones, pero muy alarmado con la presencia de Napoleón al frente del gobierno, diciendo que «si éste tenía el patriotismo de abdicar en favor del rey de Roma, todo se arreglaría al instante, de lo que estaba cierto, porque así se lo habían comunicado desde Viena...» Estas aserciones, en boca del ministro de la Policía, ejercían una influencia peligrosa, y en lo demás hacían tan poco honor á su perspicacia como á su fidelidad, porque las potencias, invariablemente adictas á la causa de los Borbones, no habrían aceptado ninguno de los arreglos que meditaba; y si fingían no querer mal á nadie más que á Napoleón, era para hacerse entregar con él la espada de la Francia. Las palabras del duque de Otranto corrían de boca en boca, causaban estragos en los ánimos, y llegaban hasta á los oídos imperiales, aunque un poco atenuadas en su forma. Napoleón sabía de todos modos lo bastante para ver claramente que su ministro de Policía le hacía traición; pero se dominaba más que en otro tiempo, y aguardaba á que las circunstancias fuesen menos graves para imponer respeto, lo que sin esto hubiera sido legítimo, porque nunca en un Estado regular se hubiera tolerado semejante conducta en un ministro que denunciaba como un peligro público al soberano á quien servía. Un buen ciudadano podía pensar de este modo, sobre todo antes de la entrada de Napoleón en París; pero, si tal pensaba, no debía aceptar el puesto de ministro de la Policía.

Si todas las actas de los votos relativos al Acta adicional ó á la elección de los representantes hubiesen sido enviadas á París, se hubiera procedido sin perder un instante á su recuento, y la ceremonia del Campo de Mayo, destinada á solemnizar la aprobación de la nueva Constitución, hubiera podido quedar fijada para

el 26 de mayo. A esta ceremonia hubiera seguido inmediatamente la apertura de las cámaras, después de lo cual hubiera salido Napoleón á reunirse con el ejército; pero aún faltaban algunos días para que llegasen todas las actas, y la ceremonia fué trasladada al 1.º de junio. Napoleón se proponía instalar las cámaras tres ó cuatro días después, y partir del 10 al 12 de junio á fin de poder comenzar el 15 sus operaciones. Se designaron en París ochenta y siete puntos de reunión para las diputaciones de los colegios electorales, en los que debían proceder al recuento de los votos de los departamentos y nombrar una diputación central encargada de llevar á cabo el recuento general en presencia del príncipe archicanciller. Estas diputaciones emplearon en su trabajo de pura fórmula los últimos días de mayo, tiempo que, por su parte, consagró Napoleón á terminar sus preparativos militares. Sobre poco más ó menos en la misma época llegaron á París su madre, su tío el cardenal Fesch, y su hermano Jerónimo, que había logrado evadirse de la vigilancia de la marina inglesa. Napoleón recomendó al príncipe Jerónimo que olvidase su antigua calidad de rey, limitándose en lo sucesivo á ser militar, y le ordenó tomar el mando de una división en el 2.º cuerpo de ejército (general Reille), orden que el príncipe se apresuró á cumplir. Por aquel mismo tiempo llegó otro miembro de la familia imperial, el príncipe Luciano, que se había obstinado en vivir en Roma, lejos de los favores y de la autoridad de su hermano, y que no pareció doblegarse á él hasta después de ocurridos los comunes desastres de su familia.

Volvía á París por dos motivos igualmente honrosos, para adherirse á Napoleón y para abogar por la causa del papa. Napoleón, en un momento en el que tantos corazones, después del entusiasmo pasajero del 20 de marzo, se entibiaban en torno suyo, vió la vuelta de su hermano con inmenso placer y le dió toda clase de satisfacciones relativamente al Santo Padre. Con efecto, dispuesto á mantener los tratados de 1814 respecto de los soberanos á quienes no estimaba y que se mostraban para con él enemigos implacables, se hallaba Napoleón mucho más inclinado á mantenerlos respecto de un príncipe inofensivo, al que había estimado aun persiguiéndole, que no era para él ni un rival ni un enemigo, y cuya autoridad moral, siempre de gran peso, podía fácilmente adquirir guardándole las convenientes atenciones. Encargó, pues, al príncipe Luciano decir al papa (lo que no era más que la repetición de sus primeras instrucciones) que no pensaba mezclarse en el porvenir de los negocios espirituales ni temporales de la Santa Sede; que haría lo posible para conservar todo el antiguo territorio pontifical, comprendiendo en él las Legaciones, y que le garantizaba en Francia el ejercicio de la autoridad espiritual con arreglo á las bases estipuladas en el Concordato. Esto era todo lo necesario para satisfacer al papa y atraerle en nuestro favor, si al mismo tiempo conseguían nuestras banderas la victoria.

Napoleón dió habitación en el palacio real al príncipe Luciano. Deseaba que fuese elegido representante en el Isere, departamento completamente adicto á la causa imperial; y su intención secreta, si Luciano llegaba á ser miembro de la cámara de los representantes, era la de nombrarle presidente de esta cámara, porque recordaba

la manera que había tenido de presidir á los quinientos en la memorable sesión del 18 brumario.

Mientras que se ocupaba de estos cuidados tan urgentes antes de su partida, recibió Napoleón de repente la gravísima noticia de una insurrección en la Vendée. Ya se ha visto que al presentarse el duque de Borbón en esta comarca, fué acogido con una tibieza general que le obligó, no por temor, sino por prudencia, á retirarse á Inglaterra. También se ha visto que no hacía mucho había Luis XVIII enviado desde Gante á la Vendée, haciéndole pasar por Londres, al marqués Luis de la Rochejaquelein, á fin de despertar el alestargado celo de los antiguos servidores de la casa de Borbón. He aquí cómo la Vendée respondió á este último llamamiento.

Los antiguos jefes vandeanos que vivían aún, Mr. de Autichamp, Mr. de Suzannet y Mr. de Sapinaud, hombres de experiencia en los que el interés realista estaba atemperado por su buen juicio, viendo á los campesinos singularmente modificados desde hacía veinte años, no querían exponer su provincia á nuevos estragos por una tentativa de guerra civil que no produjera resultados de importancia; y sostenían que la Vendée, capaz de operar una diversión útil cuando Napoleón hubiese comenzado las hostilidades con la Europa, era incapaz de resistir su empuje si luchaba contra él antes que la coalición europea. En vista de esto resolvieron esperar á que el cañón resonase en el Sambre antes de comenzar las hostilidades en el Loira.

Los ánimos ardientes censuraban por el contrario esta aparente pusilanimidad, y querían que se expiase con mayor celo la falta de haber dejado partir al duque de Borbón. Sensibles á estas recriminaciones y agitado su corazón por sus antiguos recuerdos, los viejos jefes comenzaron á recorrer los campos para contar el número de los campesinos, para ver cuántos podían contar, y dar de este modo una prueba de su afecto realista. Tales eran sus disposiciones cuando se presentaron á ellos los emisarios del marqués Luis de la Rochejaquelein. Este hermano del ilustre Enrique de la Rochejaquelein, que no había servido en la Vendée, unía á la ambición de sostener el brillo de su nombre una exaltada fe en su causa, un gran valor, pero una prudencia que no igualaba á sus demás cualidades. Obtuvo de los ingleses algunos fusiles y municiones con la promesa de un convoy considerable y próximo de armas, de pólvora, de artillería y de dinero. Partiendo con los primeros recursos que le dieron, se embarcó con una pequeña división inglesa, fondeó á vista de las Sables-de-Olonne, y escribió á su hermano, Augusto de la Rochejaquelein, para comunicarle su misión, su proyecto y sus esperanzas.

Al recibir esta noticia celebraron los jefes una reunión el 11 de mayo en Chapelle-Basse-Mer, cerca del Loira, en un terreno propio de Mr. de Suzannet, sucesor del célebre Charette. Los personajes que acudieron á esta junta fueron Mr. de Autichamp, Mr. de Suzannet, y Augusto de la Rochejaquelein, el tercero de los hermanos de este nombre. Sólo faltó Mr. de Sapinaud. A pesar de los motivos que habían tenido estos jefes para aplazar la insurrección, no resistieron á la lectura de las cartas del marqués de la Rochejaquelein anunciando grandes socorros de armas, de dinero y hasta de hom-

bres, y el próximo rompimiento de las hostilidades europeas en Flandes. En consecuencia de esto, se acordó que el 15 de mayo se daría la voz de alarma en toda la Vendée, y que se tomarían las armas en este mismo día. Cada uno de ellos debía mandar en el punto en que su familia y sus anteriores servicios le hiciesen indispensable: Mr. de Autichamp en Anjou; Mr. Augusto de la Rochejaquelein en las cercanías de Bressuire, es decir, en el Bocage; Mr. de Sapinaud en la región llamada del centro, extendiéndose entre Mortagne-les-Herbiers, Saint-Fulgent, Borbón-Vendée, y por último, Mr. de Suzannet en el Marais. Se creía que Mr. de Autichamp podría reclutar diez y ocho mil campesinos, Mr. Augusto de la Rochejaquelein cinco mil, Mr. de Sapinaud ocho mil y Mr. de Suzannet veinticinco mil, entre todos cincuenta y seis mil. Estos cálculos eran como los que se hacen siempre en las guerras civiles, es decir, sin ningún fundamento.

Del 10 al 15 de mayo llegaron oficiales enviados por Mr. Luis de la Rochejaquelein, anunciando su próxima aparición con catorce mil fusiles, muchos millones de cartuchos y un cuerpo de trescientos artilleros ingleses. A esta primera remesa debía seguir otra tres ó cuatro veces más considerable. Estas noticias, atestiguadas por hombres de confianza, confirmaron á los jefes de la insurrección en sus proyectos, y el día convenido cumplieron su palabra.

Durante toda la noche del 14 al 15 de mayo se oyó el toque de rebato en aquellas desgraciadas campiñas, que veinticinco años antes habían vertido tanta sangre y acumulado tantas ruinas, para no conseguir detener el ímpetu invencible de la revolución francesa, y sólo para hacerla más sangrienta. No iban á obrar peor, porque por una cuestión de dinastía iban á distraer quince ó veinte mil hombres del formidable encuentro de Waterloo, y á contribuir de este modo al desastre más trágico de nuestra historia. Aquellos pobres aldeanos, los unos dominados por sus recuerdos personales, los otros por los relatos de sus padres, se levantaron á la voz de sus jefes, y se presentaron en sus parroquias con fusiles, palos y picas armadas de guadañas. Sólo una tercera parte de ellos tenían fusiles, pero muy poca pólvora y escasas balas. Los ardientes arrastraron á los indecisos empleando para ello estímulos, recriminaciones y algunas veces amenazas. El temor de pasar por cobardes ó *azules* decidió á muchos. Mr. de Autichamp, que contó con diez y ocho mil hombres, no pudo reunir más que de cuatro á cinco mil, se acercó á Chemilli y á Chollet, donde se hallaban cuatro batallones de los 15.º y 26.º de línea, y á pesar del deseo que tenía de apoderarse de estos dos puntos, que dominaban el camino de Angers á Borbón-Vendée, se abstuvo de intentarlo por prudencia. Temía empeñar la lucha contra tres mil soldados de línea, y no se creía en estado de combatirlos con cuatro ó cinco mil paisanos mal armados. Dejó algunos destacamentos en observación, después se dirigió hacia el Sevre entre Clissón, Tiffauges y Mortagne, para comunicarse con Mr. de Suzannet, reunirse con él é intentar algo cuando estuvieran juntos.

Mr. Augusto de la Rochejaquelein, que no tenía que habérselas en su país más que con la gendarmería y los milicianos nacionales, se lanzó hacia Bressuire, allí des-

armó á la milicia nacional, se apoderó de ciento cincuenta fusiles, y con la noticia de que su hermano Luis se hallaba en la costa, con socorros materiales, resolvió dirigirse á su encuentro, para proporcionarse las municiones que necesitaba; pero juzgando peligroso, en este movimiento, dejar á su espalda las tropas que ocupaban á Chollet, decidió atrevidamente encaminarse á este punto sin perder un momento, con la esperanza de reunirse á Mr. de Autichamp, y con él apoderarse de un punto de tan considerable importancia.

Por entonces, el general Delaborde, que tenía bajo su mando las 13.ª, 21.ª y 22.ª divisiones militares, es decir, la Bretaña y la Vendée, ordenó á las tropas que se reconcentrasen, y prescribió á los coroneles del 15.º y del 26.º que fuesen desde Chollet á Borbón-Vendée para prestar refuerzos al general Travot, comandante del departamento de la Vendée. El 26.º estaba ya en marcha y atravesaba la aldea de las Echaubroignes, cuando fué sorprendido el 17 de mayo por los dos mil quinientos hombres de Mr. Augusto de la Rochejaquelein, que, por su retaguardia, se dirigían hacia Chollet. Aun cuando los soldados del 26.º no eran más que un millar de hombres, se detuvieron, defendieron las Echaubroignes, y después pasaron por en medio de la masa de los insurgentes para volverse hacia Chollet, temerosos de no poder llegar hasta Borbón-Vendée. Perdieron cincuenta hombres entre muertos y heridos y quedaron el doble de insurgentes fuera de combate. Éstos lucharon á su modo, sin orden, pero con un ardor inmenso, producto en ellos del valor natural y de la fe.

Mr. Augusto de la Rochejaquelein se vió obligado á detenerse, porque las pobres gentes que le seguían no podían separarse de sus quehaceres más que por algunos días, y creían cumplir por algún tiempo con su causa en cuanto habían hecho una marcha ó trabado un combate. Sin embargo, conservó á su lado los cuatrocientos ó quinientos hombres más resueltos y mejor armados para ir con ellos á la costa en busca de su hermano. Mientras pasaba todo esto, Mr. de Suzannet, que salió de Maisdón, reunió sus fuerzas entre Mache-coul, Clissón, Montaigú, Borbón-Vendée, y se dirigió hacia Saint-Leger para apoyar á Mr. de Sapinaud, quien, por su parte, formaba el ejército del centro. Al llegar á Saint-Leger el 16 recibió la noticia de que estaba en la costa de Saint-Gilles Mr. Luis de la Rochejaquelein, con una pequeña división inglesa, y se encaminó á su encuentro sin perder un instante. Allí vió á Mr. Luis de la Rochejaquelein, que había saltado en tierra protegido por los habitantes del Marais, los que habían asediado á los aduaneros y á los veteranos guardianes de la costa, y favorecido el desembarque en la Croix-du-Vic. Pero el engaño que recibió Mr. de Suzannet fué grande al ver á lo que se reducían los socorros tan ponderados de la Inglaterra. Ni un artillero, ni una sola moneda, y dos mil fusiles en vez de catorce mil: tales eran los socorros que traía la división inglesa. Ya la Gran Bretaña tenía entre aquellos pobres campesinos la fama de prometer mucho y de no cumplir sus promesas, fama de que participaban también los emisarios que se presentaban en su nombre, cualesquiera que fuesen los títulos de sus nombres. Los fusiles, la pólvora y, sobre todo, el dinero eran indispensables á los insurgentes

vandeanos, no porque la avidez inspirase su conducta, sino porque, no contando con más armas que con fusiles estropeados ó palos, necesitaban armas para batirse y dinero para alimentarse. Con el dinero contante, algunos aldeanos, enviados de vanguardia, les hacían cocer pan, cazaban para el común alimento, y de este modo vivían sin talar ni destruir los campos por donde atravesaban.

Los soldados de Mr. de Suzannet fueron cruelmente burlados; comenzaron á decir que se los engañaba como en otro tiempo, y que la Inglaterra no quería más que eternizar la guerra para arruinar á la Francia. Mr. Luis de la Rochejaquelein protestó contra estas aseeraciones, respondió de que no tardarían en llegar socorros muy considerables, y concluyó por conseguir que se diera algún crédito á sus palabras. Mr. de Sapinaud se presentó con cerca de dos mil hombres tan desengañados, tan descontentos como los de Mr. de Suzannet, y los unos y los otros se volvieron al Bocage para no quedar expuestos á los golpes de los *azules*, que inevitablemente debían salir en su persecución de Nantes y de las Sables.

Mr. Luis de la Rochejaquelein se presentó á todos en nombre de Luis XVIII, y reuniendo á su cualidad de representante del rey la de enviado del gobierno británico. Tenía un gran nombre, mucho ardor, mucho denuedo, y por más que fuese inferior en edad y graduación á los viejos jefes de la Vendée, fué aceptado como generalísimo, gracias al buen carácter de Mr. de Suzannet y de Mr. de Sapinaud. Esta medida, adoptada para introducir el orden en las operaciones, no debía contribuir á la unión de sentimientos, porque Mr. de Autichamp, Ingarteniente general, y reputado por sus antiguos servicios, no podía verse con gusto á las órdenes de Mr. Luis de la Rochejaquelein, que era un simple mariscal de campo, y que no tenía ningún conocimiento de la guerra de la Vendée. Éste escribió á Mr. de Autichamp, y, como sus demás compañeros de armas, se sometió á un superior que creía dado por el rey á la Vendée.

Era preciso decidir el partido que debería tomarse. Los dos mil fusiles desembarcados fueron cogidos por los habitantes del Marais, que se los repartieron. Con los fusiles habían venido cerca de ochocientos mil cartuchos, de los cuales una parte fué dirigida al cuerpo de Mr. de Autichamp y la otra al de Mr. Augusto de la Rochejaquelein, escoltada por algunos centenares de hombres. Mr. de Suzannet y Mr. de Sapinaud contaban entre los dos con siete ú ocho mil hombres, y antes de que éstos volvieran á sus hogares, querían intentar algo en provecho de su causa. El punto más cercano, y que con mayor utilidad podían atacar, era Borbón-Vendée, cabeza de partido del departamento, y las Sables, punto marítimo de mucho precio para los desembarques futuros. Mr. Suzannet, movido por el espíritu de localidad, hubiera querido apoderarse de la isla de Noirmoutiers, que podía hacerle dueño de un vasto reducto situado en medio del Marais. Fluctuaban entre estos diversos proyectos, cuando la noticia de que el general Travot había salido de Borbón-Vendée encaminó hacia este punto á los jefes vandeanos, pensando que podrían aprovechar la ausencia del general para apoderarse de su cabeza de partido, ó bien asaltarle en el camino si